

Abriendo Caminos

Marisa Olivieri

olivieri@netverk.com.ar

ISFD N° 54 Florencio Varela, Provincia de Buenos Aires. 2004-

Corría el mes de Mayo del año 2001, Malena ya tenía un año y era hora comenzar a equilibrar los roles y dedicarle más tiempo a la docencia. Por esos tiempos de tantas modificaciones en mi vida decidí ampliar el horizonte de trabajo en el Nivel Superior y era una buena opción, probar suerte en el vecino Instituto de Florencio Varela. Contaba con tres valiosos años de trabajo en el Instituto 50 de Berazategui toda una Profesora Novata, y sentía el profundo deseo de transitar un camino de aprendizaje en el ejercicio de la formación de futuros docentes. Ese sin lugar a dudas era mi lugar.

Un desafío

Comenzaron por fin las designaciones, llegamos a la Secretaría de Inspección con una Profesora que había conocido justamente es esos escenarios tan particulares donde los docentes vamos en busca de algún destino. Había mucha gente...¿Tendría la oportunidad de acceder a algunas horas? En ese momento mirás a tu alrededor y te parece que todos son candidatos y están disponibles para tomar justo esa cátedra que a vos te resulta tan necesaria, claro porque es la materia que estas dictando o porque ese horario te coincide. ¿Y si me toca la que nunca dí? Pienso que no es tan distinta a la Perspectiva Filosófico-Pedagógica (materia que dictaba) además si el título me habilita es porque he recibido la formación de grado necesaria. Como no podía ser de otra forma, accedí a la Perspectiva Filosófico Pedagógico Didáctica (materia que no dictaba), en el horario del sábado por la mañana. Era un desafío en esos tiempos de cambios, siempre hay un momento para el inicio y ahí estaba el mío. Nunca voy a olvidar el comentario que escuché por lo bajo: ...”tomó con tan poco puntaje”..., y bueno era alguien que omitió inscribirse y perdió la posibilidad a la que yo accedía. Igualmente sus palabras no me resultaron indiferentes, es decir desataron una serie de cuestionamientos: ¿Soy una inexperta? ¿Estaré a la altura de las circunstancias? ¿Lograré elaborar un propuesta coherente en poco tiempo? ¿Y conducirla? Revisar en una pasada, ¿Quién sos? ¿Qué sabes? ¿Qué puedes enseñar?

Hoy pienso que si el Profesor Novato no es algo corajudo no da los primeros pasos jamás, pero claro el valor deviene de algún lado, probablemente de la certeza en la elección profesional o de la confianza en el esfuerzo que uno está dispuesto a realizar, como del compromiso que se asume con la docencia. Frases como “Nadie nace sabiendo” “El Aprendizaje es un proceso de construcción progresivo” emergen abriéndose paso de la memoria remota, y algo de real han de tener. Sucede que luego en la práctica los docentes

olvidamos con frecuencia frente a los otros, el lugar de aprendices que siempre nos acompañará aunque sea en la más profunda soledad de nuestros pensamientos.

En ese mar de incertidumbres, pero feliz por el desafío que había elegido, llego al Instituto con mi compañera, que desbordaba alegría ya que alguna cátedra había conseguido. El edificio me impactó se veía diferente al del otro instituto, parecía una Institución como cualquier otra con espacios definidos para el funcionamiento cotidiano: Luminosas galerías cerradas conteniendo a su alrededor a las aulas de tamaño mediano, un sector para el funcionamiento del equipo directivo, un gran patio en el centro y un salón espacioso ideal para el encuentro, de uso cotidiano para los grupos de alumnos que permanecen en el Instituto, largas horas a veces entre materia y materia. Efectivamente era diferente al territorio que conocía, que se asemeja a una casa de familia ampliada, sin un criterio arquitectónico-pedagógico, por la necesidad se albergar a más cantidad de miembros.

Entramos a la regencia con la designación en la mano, había dos señoras que nos recibieron amablemente. Una de ellas tenía una mirada especial, apacible, hasta el día de hoy recuerdo ese nuestro primer encuentro. Hoy somos grandes compañeras, a veces viajamos juntas y charlamos de la vida y me hace bien, no me equivoqué, es alguien muy especial con la sabiduría que le ha dado la buena experiencia y el ser buena gente, la quiero mucho.

Ese día conversamos sobre los temas propios de la ocasión, horarios y detalles de la materia, que correspondía a la Carrera de Postítulo para la formación Docente, dirigida a profesionales en ejercicio de la docencia pero sin título habilitante. En eso la otra mujer pronuncia la frase del día...“tan jovencita”... (otro texto pero el mismo significado que me impactó como antes) Casi sin pensar le contesto ...”no tanto, ya tengo mis años, y algo de experiencia, soy ayudante de cátedra en la universidad”... Sentí que el temblor inicial ante la incertidumbre se aplacaba parándome en la seguridad de mi escasa experiencia en la facultad hasta ese momento, claro se trataba de destinatarios similares por un lado los profesionales en busca de su título y por otro alumnos casi egresados de plástica en busca de su título de profesorado. Así me posicioné en ese momento, hasta me sentí firme y segura ante el desafío, pero cuando salí para mi casa empezaron los temores. En quince días comenzaban los encuentros y como era el primer cuatrimestre que se dictaba la materia no había antecedentes de proyectos, solo el marco del diseño curricular para la formación docente de grado. Otra dificultad para la docente inexperta.

Evidentemente la analogía con la universidad me sirvió también para organizar la propuesta pedagógica en tiempo record, así que reparé en parte de la bibliografía trabajada en la facultad además de incorporar algunos recursos que empleaba en la Perspectiva de segundo año, para sustentar el proyecto. Trabajé mucho y a contra reloj, pero había un aspecto favorable por lo menos así lo vislumbraba en ese momento, se trataba de la característica de la cursada, era de cuatro módulos quincenales. ¿Ventaja o

Desventaja? Pensaba... bueno los contenidos y la bibliografía estaban definidos, pero ¿Y el cómo? Muchas preguntas y eso era bueno a cada paso tomaba decisiones de diseño, en este caso fue trabajar en *aula taller*. El punto de partida era claro: yo teóricos no doy, y no porque tenga miedo sino conciencia de mi saber, de ser un Profesor Novato.

Y embestida de mis propias calificaciones, mi vida oscilaba en esos tiempos, entre el miedo y el valor ante el nuevo desafío, pero también entre el agotamiento y la energía de ser una mamá... casualmente *novata*.

El *cómo* se fue definiendo en una propuesta fundada en la Pedagogía Crítica, desde este posicionamiento teórico hacía tiempo que encontraba respaldo para justificar mi accionar docente, es decir si diseño las clases intentando generar un espacio para el diálogo, es por que sostengo que básicamente la educación es un fenómeno de intercambio entre sujetos con la finalidad de reconstruir saberes para formar hombres y mujeres, apuntando la construcción de una sociedad más justa y democrática. Recuerdo que fue una experiencia relevante apelar a la teoría para darle sentido a las modalidades de intervención docente que me caracterizaban, a partir de aquel momento comencé a trabajar con mis alumnos en todas las clases que tenía a cargo, sobre la indispensable reflexión teórica que debe mediar las intervenciones docentes para que tengan sentido y coherencia.

Al andar se hace camino

Llegó el sábado tan ansiado y temido, la propuesta estaba casi terminada solo quedaba el margen necesario de revisión en función de las características de ese grupo en particular y los ajustes de contenidos convenientes por ser una materia de la cuarta y última etapa de la carrera. La clase estaba programada hasta el último detalle, un tiempo de presentación para que cada uno comente su origen profesional, lugar de trabajo, expectativas, aspectos favorables y desfavorables en la formación y acuerdos didácticos para ésta, la última etapa, la finalización del trayecto. Así cada sábado estaba detallado desde el principio al fin. Y si, es la fortaleza con la que contamos los Profesores Novatos, una buena programación que no deje ningún aspecto fuera de lo previsto, para sentirnos seguros ante la nueva experiencia.

Lo maravilloso fue que en ese primer encuentro nada sucedió tal como lo había ideado, por ejemplo la presentación duró toda la clase y se reflexionó sobre la vida en las instituciones y el rol docente en el contexto actual, caracterizado desde el punto de vista de este grupo diverso de Profesionales, mayormente abogados y técnicos en informática unidos en una misma realidad, el contexto Argentino. Momento dramático de nuestra historia, la década del `90, la crisis, la desocupación, el derrumbe. La ilusión robada...también para este puñado de profesionales que entonces, se vieron obligados a buscar en la Educación, una salida laboral rápida y segura. Todos portadores de una mirada diferente, pero abrumados por la distancia de esta

escuela con la de sus días de infancia. ¿Dónde quedó la escuela que enseñaba? ¿Qué ha ocurrido en este tiempo? ¿Cuál debe ser la función de la escuela media? Demasiado para pensar, intercambiar, conocer y reconstruir, solamente en siete encuentros de cuatro módulos. Muy poco tiempo.

En cada clase acordábamos bibliografía de referencia que debían leer para trabajar en el siguiente encuentro, pero llegado el inicio una pregunta mía o de alguno del grupo disparaba la más enriquecedora conversación, donde trabajábamos el diálogo, la escucha y el intento de comprender la postura de otro, el acuerdo como condición necesaria para la construcción de un proyecto colectivo en la escuela. La programación guía quedaba algo modificada los contenidos se abordaban desde la discusión sobre sus experiencias como docentes en Instituciones del Distrito. Que experiencia...el miedo se transformaba en placer.

Recuerdo que para el tercer encuentro, donde abordaríamos la temática del Rol Docente, propuse realizar un trabajo práctico, con el objetivo de formular una problemática a partir la realidad contextual de la Institución donde trabajaran y analizar posibles intervenciones docentes resignificando el rol desde la bibliografía dada. Todo estaba bien pautado, la consigna implicaba que cada grupo de trabajo lo hiciera desde un autor diferente, luego de un pequeño recreo, realizaríamos la puesta en común y se registrarían en el pizarrón aquellos conceptos relevantes de cada texto analizado. Sin duda una estrategia dinámica y participativa, que desde el aporte de los grupos superó la programación. Se relataron experiencias institucionales y áulicas variadas que denotaban el compromiso y deseos de aprender de algunos como la indiferencia y el desapego de unos pocos... el debate sobre la tarea en cuanto a los límites, los saberes necesarios, la crisis social, el individualismo, la necesidad de trabajo en equipo el compromiso y la revalorización del trabajo y el esfuerzo como contrapartida de las soluciones mágicas. En este escenario el registro conceptual quedó diluido por la fuerza del debate. Todos nos fuimos siendo un poco otros, aunque más no sea pensando en la necesidad de buscar otras respuestas, ya que las del pasado hoy resultan insuficientes y que el camino no dará buenos resultados si es una opción individual.

Los sábados me costaba ir a trabajar (madrugar cuando tu familia sigue remoloneando ¿A quién no le da fiaca?), pero iba feliz aunque temerosa y con las pestañas quemadas de leer, porque sabía que regresaba con una sensación de energía renovada y fresca, es que en esas cuatro horas parecía que cambiábamos el mundo. Pero algo no me cerraba, no me conformaba del todo, ya que me costaba resignar el registro conceptual ante tremendo intercambio del grupo total. Nadie quedaba en silencio

La senda del Novato... es para volver a pisar

Hoy pienso que muchas cosas desde aquel momento algo cambiaron, no el mundo claro, pero es bueno empezar por algún lugar. En este caso fue determinante para el grupo modificar la mirada hacia la

educación, analizar la Institución escuela como un espacio cargado de tensiones donde es posible la convivencia en el respeto a través de la comunicación, superando la visión de las fuerzas instituidas como inmodificables. Que es posible comenzar, por ejemplo en la consolidación de un proyecto que beneficie a los alumnos, a través del ejercicio de la docencia comprometida y responsable, cargada de sentido.

Y YO TAMBIÉN CAMBIÉ.

Reflexionaba mucho sobre la práctica, luego de cada encuentro. El camino no era tan claro, entre la segunda y tercera clase, comenzó a preocuparme esto de salir tanto del libreto ...“ no tengo habilidad para cerrar las clases”...comenzó a ser un pensamiento recurrente. Si bien los intercambios eran muy provechosos, se apelaba a la bibliografía como soporte en la clase y se aclaraban cuestiones, pero para mí faltaba algo, “faltaba un cierre”, el clásico momento del cierre conceptual. El escollo no tardó en llegar hasta mi terapeuta, que entre otras cosas, fue una figura importante a la hora de la decisión de abocarme solo al Nivel Superior. Es notable lo importante que es un tratamiento terapéutico en algún momento de la vida, también es una instancia de aprendizaje, pero sobre uno mismo que a la vez sirve para mejorar en relación a los otros.

En la reflexión sobre el camino de la docencia y el *sentido* de ser un formador de futuros docentes, comencé a comprender que hay momentos donde es conveniente dejar preguntas abiertas, sin respuestas categóricas. ¿Por qué cerrar la posibilidad de la indagación? ¿Por qué pensar que una clase es suficiente para arribar a las más geniales respuestas? Evidentemente hay representaciones acerca de la docencia y los modos de intervención, que nos preceden y las vamos incorporando a lo largo de nuestra historia educacional. Y aunque la reflexión crítica como ejercicio constante de la práctica, nos hace suponer que hemos superado el imaginario del docente genio, pocas veces es así. Es que en la dinámica de cada clase es más poderoso el mandato de dar la última palabra y velar por el saber verdadero, que escuchar y dar la palabra a otros. Ese era el conflicto a superar, encontrar el equilibrio necesario entre los polos del desmesurado intervencionismo verbalista, que claro, pocas posibilidades de habla dejan al grupo, y la pasividad descomprometida.

Me di cuenta durante esos maravillosos sábados que debía y podía superar esos condicionamientos, en esos encuentros comencé a aceptar una especie de incompletud para abrir la posibilidad de la palabra y sentir la gratificación del estar enseñando y aprendiendo. También a valorar la riqueza que se puede generar en el aula al salirse de las estructuras prefijadas por uno mismo y a superar el arbitrario cultural heredado que nos impone la necesidad de siempre tener que cerrar desde lo conceptual un tema. Si partimos de sostener que el conocimiento esta en constante ampliación y que el camino del saber es la indagación ¿Por qué siempre cerrarlo en el aula? ¿Por qué no dejar un poco de espacio para la incertidumbre, que se transforme en motor de la indagación?



Más bien elijo abrir caminos. Abrir el diálogo y dar la palabra, para superar las representaciones homogeneizadoras y disciplinadoras. Es un intento que persigo desde aquel momento y acompaña mi trayecto de novata que cada día, con avances y retrocesos, me hace un poquito más experimentada.

